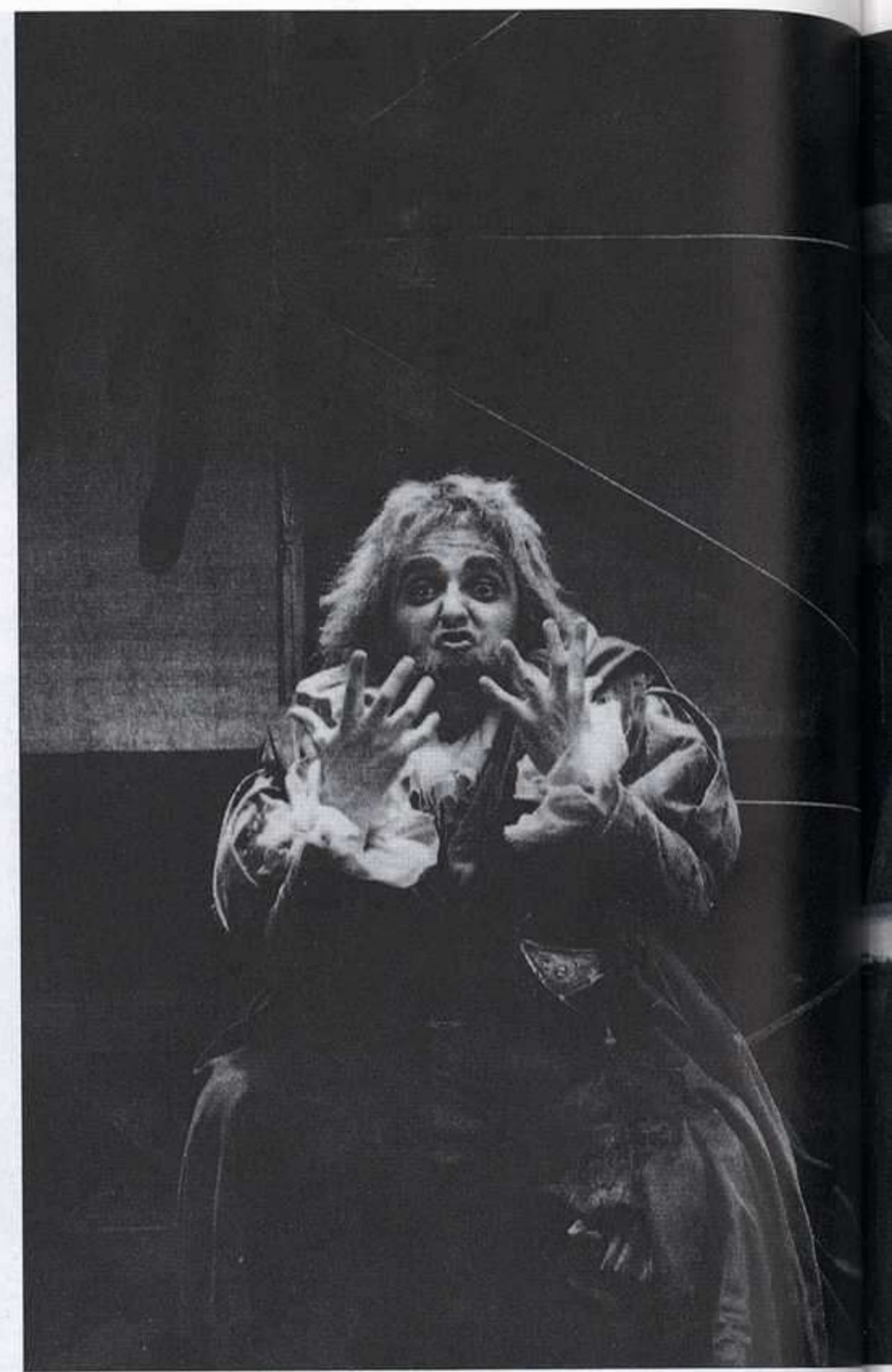




«Woyzek», de G. Büchner. Dirección: Xulio Lago. Centro Dramático Galego. (1984) (Foto: Xoan Piñón)



«As alegres casadas», de W. Shakespeare. Dirección: Eduardo Alonso. C.D.G. (1989) (Foto: Novoa).

## Galicia: Una perspectiva teatral

Por Manuel Guede Oliva \*

**E**n los ya lejanos años de mi bachillerato, toda la promoción a la que pertencí fue testigo del método y de las enseñanzas de una inefable profesora de Geografía e Historia que tenía por costumbre adjudicarle a los celtas todo cuanto, para bien o para mal, afectara a los avatares de nuestro país. Y así era costumbre que entre tantas culpas también resultaran responsables aquellos pobres celtas de mi bachillerato, entre otras cosas, del éxodo migratorio que afectó a Galicia. Justificaba aquella aprendiz de bruja tamaña barbaridad en el argumento de que de algún lugar de nuestro inconsciente colectivo tendría que surgir tanto espíritu navegante y aventurero como el que nos era característico.

Nosotros, menos aventureros que nues-

tros antepasados, aprendimos bien la moraleja y en tiempo de exámenes no recurríamos a la chuleta porque resultaba fácil salir de los apuros de final de curso con aquella profesora, y en caso de duda, casi siempre, los celtas terminaban por ser los responsables de las isobaras, de las curvas demográficas, de los anticiclones y hasta de la repoblación forestal.

A lo mejor, y en un alarde que no le disgustaría a mi vieja profesora, quedaría estupendo responsabilizar aquí y ahora a los habituales celtas de todo cuanto vino aconteciendo en el teatro gallego de los últimos años.

Viene todo esto a cuento de que somos un país tendente a la autocomplacencia y a la actitud evasiva, lo cual equivale a

afirmar ciertas formas de resignación. Y lo cierto es que ciertos tópicos han venido funcionando en mi país. Representaron el material sobre el que se fue configurando una estrategia que, preferentemente, consistía en mirar sin ser visto. Y la mayoría de las veces no era prudencia, era temor. Tendencias «voyeuristas» que no son, que no eran más que formas de defensa. Me diréis a estas alturas que no hablo de teatro. Pero os puedo asegurar que de eso es exactamente de lo que estoy hablando. Es ésa, justamente, la inercia en la que, y en mi opinión, también se instaló durante algún tiempo nuestro teatro.

Podríamos, en la autocomplacencia, afirmar que nuestra edad anda todavía por los veinte años -si tomamos a la Mostra de Teatro de Ribadavia del 73 como punto de



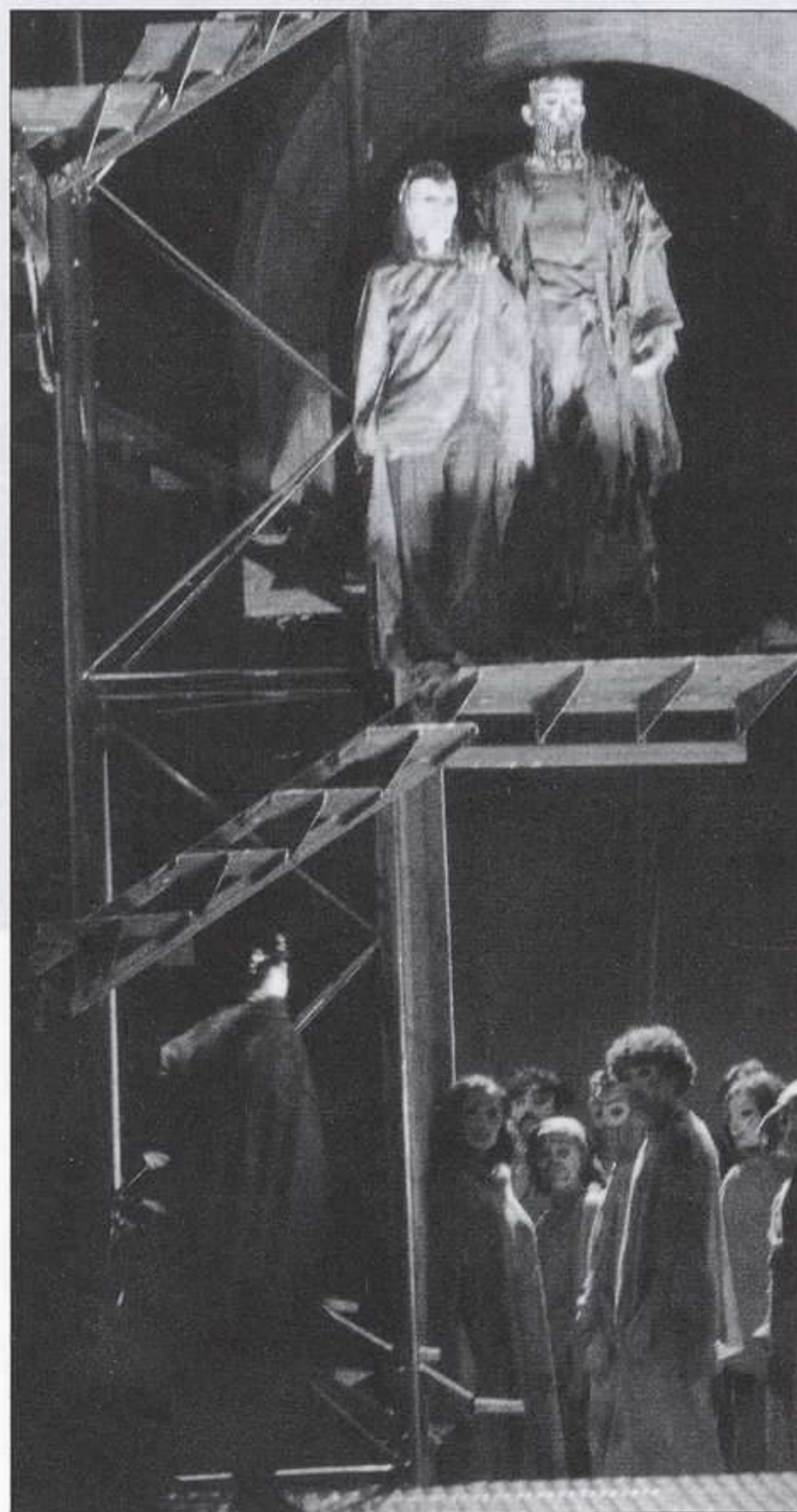


«Un sueño de verán», de W. Shakespeare. Dirección: Eduardo Alonso. C.D.G. (1992).

partida y año cero del teatro gallego contemporáneo- y por lo tanto justificar nuestra actitud y sus consecuencias por mor de juventudes y esas cosas. Pero ese esquema, fatalmente, no deja de ser una coraza para quien desee resignarse. Nosotros no.

### En la reclamación del centro

Vivir aquí, hacer teatro aquí, en la periferia de la periferia, no deja de ser una forma, como otra cualquiera, de ser centro. Posiblemente esa es la convicción a la que muy pronto llegaremos todos. Mientras tanto, el vértice de nuestro debate radica en reclamarlo. En reclamarlos como tal. Quiero decir que si durante los últimos años lo que vino ocurriendo en Galicia en otras manifestaciones artísticas y sociales ha conseguido trascender y asombrar más allá del Padornelo a propios y a extraños, en lo que atañe al teatro gallego la sorpresa no será tanto de los propios como de los extraños. Para los propios, es decir, para los profesionales del teatro de mi país esto se empieza a ver claro. Se empieza a comprobar con orgullo, sentimiento que yo reclamo como imprescindible, que nuestro trabajo escénico, en los inevitables procesos de contraste, tiene cuando menos el mismo nivel de consideración social que los tra-



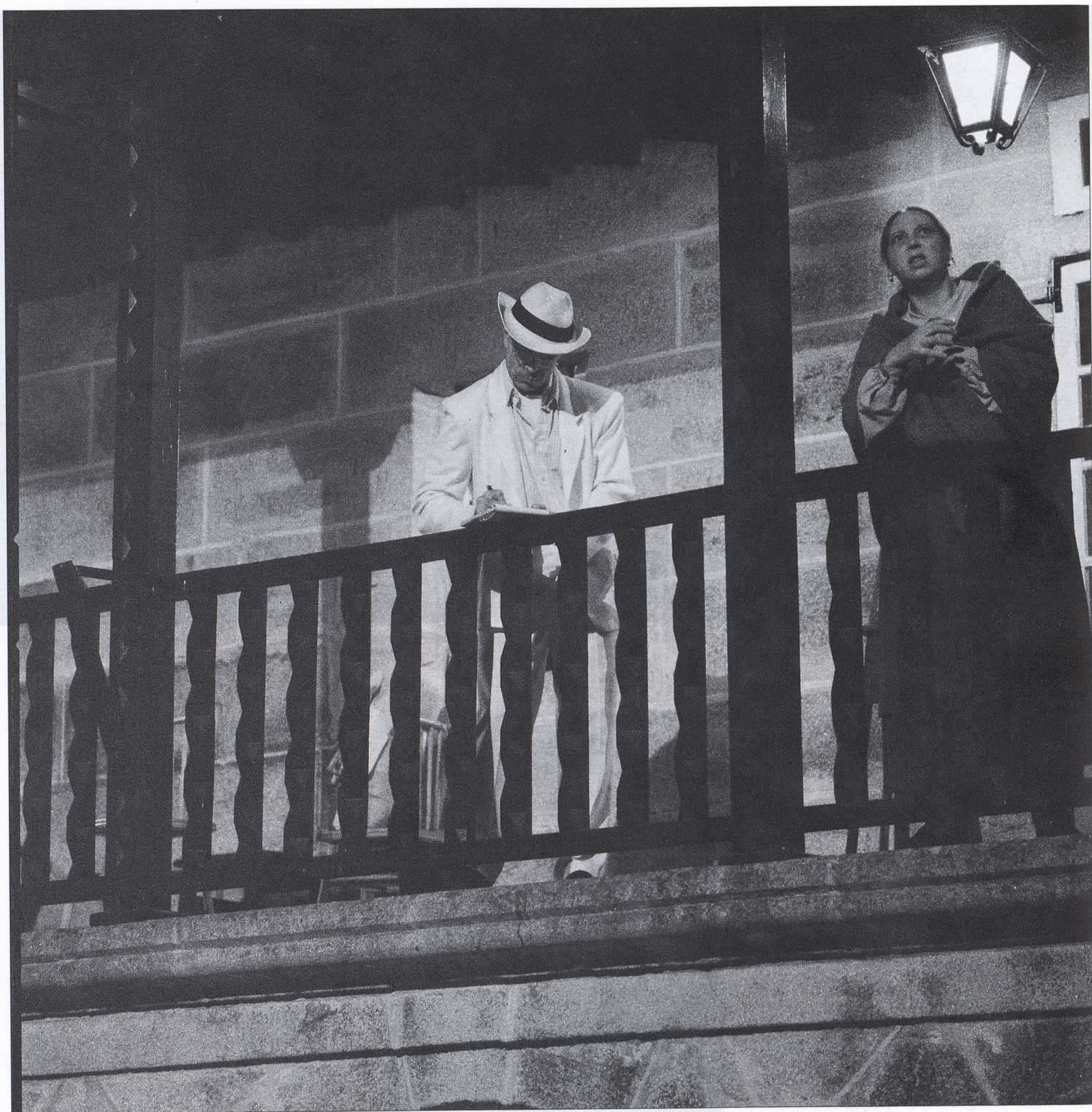
«O incerto señor Don Hamlet, Príncipe de Dinamarca», de Alvaro Cunqueiro. Dirección: Ricard Salvat. C.D.G. (1991) (Foto: Xenaro Mart Castro).

bajos presentados por compañías de ámbitos culturales distintos. El viajar tiene esas cosas. Se comprueba.

Encima de mi mesa tengo la orden de creación del Centro Dramático Gallego. Apareció en el Diario Oficial de Galicia con fecha de 8 de abril de 1986. Pero en esas cosas empíricas que tenemos los gallegos fue necesario ponerlo a remojo (eso se dijo) durante dos años, de tal suerte que el que iba a ser el Teatro Institucional de Galicia tuvo que practicar desde su origen, una particular travesía del desierto existiendo de hecho pero no de derecho, en una circunstancia ciertamente paradójica que lo hacía existir en los presupuestos pero que lo negaba en la existencia del organigrama administrativo.

Va a producirse, por lo tanto, en el C.D.G. el cumplimiento de una década que no fue prodigiosa y que si algún adjetivo se le hace coherente es el de saturnal. Porque en este breve período de tiempo, la Dirección de esta Unidad de Producción Institucional vivió el ir y venir y la devoración de seis nombramientos, el actual hace el número siete de sus directores; vertiginosa circunstancia que explica muchas de las claves que terminaron por caracterizar la heroica travesía del teatro gallego que, justo es reconocerlo, estuvo





«A Lagarada», de R. Otero Pedrayo. Dirección: Pere Planella. C.D.G. (1992).

muy por encima de las instituciones encargadas de dotarlo de recursos y programas de acción.

### Aquel viejo pacto

Porque sensato es recordar que en aquella primavera de mil novecientos ochenta y cuatro, para que el Centro Dramático Gallego naciese fue necesario un pacto: el de la Institución y los profesionales del teatro. Y el consenso y el diálogo

que caracterizaron como premisa esencial las formas y los modos de esta Entidad Pública, terminaron en el discorrir del tiempo por ser adulterados, y de tales vértigos surgió la desconfianza y la pérdida de respeto. Lo decimos con humildad y conscientes de que la dirección de C.D.G. ha sido siempre ojo de huracán en donde nunca llueve a gusto de todos, pero si algo es significativo en la actual etapa es haber reincorporado el Teatro Institucional al espacio del diálogo.

Posiblemente otra de las claves haya sido el viejo y reiterativo error de todos nosotros de haber sobredimensionado al propio Centro Dramático. El de haberle querido confiar objetivos que no le correspondían a lo que era simplemente una unidad de producción teatral. Tantas expectativas como convocó provocaron que lo que podría ser, en el mejor de los casos solidarios, el «buque insignia» del teatro gallego pasase a convertirse, traicioneramente, en el viaje del teatro de mi país. Y



A la derecha, «Os vellos no deben de namorarse», de Castelao. Dirección: Eduardo Alonso. C.D.G. (1985). Debajo, «Así é, se vos parece», de L. Pirandello. Dirección: M. Keyzán. C.D.G. (1991)



no era eso, no era eso. Y porque no lo era, nosotros lo quisimos afirmar desde el principio como norte y guía de nuestra gestión: «el Centro Dramático Gallego ha de ser un compañero de viaje, no el viaje del teatro gallego».

## El nacimiento del IGAEM

Claro que, para entonces, hacer esa afirmación ya era definitivamente mucho más fácil en el tiempo que cuando tuvieron el timón de este barco personas que siempre merecerán nuestro respeto y consideración, como Eduardo Alonso o Damián Villalaín. Y resultaba más fácil porque la creación del Instituto Galego das Artes Escénicas e Musicais (IGAEM) venía a llenar de contenido institucional y poner orden en el organigrama de funciones y competencias a las artes de la escena y la música.

La aparición del IGAEM, que la ley define como organismo autónomo de carácter comercial, con personalidad jurídica propia, con autonomía económica y administrativa y plena capacidad de obrar para el cumplimiento de sus finalidades y gestión de su patrimonio, fue un acontecimiento de primera magnitud para el desarrollo escénico de Galicia. Y lo fue por muchas razones, pero porque, sobre todo, desde el 21 de abril de 1989, Galicia y su profesión teatral contaba ya con un instrumento destinado a evolucionar en una trayectoria eficaz, transparente, optimizadora de recursos e independiente del poder político.

A partir de aquel momento el Centro Dramático pasaba a adscribirse como una unidad de producción teatral a este organismo y por lo tanto, los destinos de este Centro y los del resto del teatro de producción privada se instalaban en el mismo frente común, en una suerte de vasos comunicantes cuyos resultados el futuro dilucidará, pero que a mí no me cabe la menor duda que modificarán radicalmente la actual situación, cristalizando en una mayor calidad de los espectáculos teatrales, en la intensificación del circuito teatral y en el mejor aprovechamiento de los recursos humanos, infraestructurales y técnicos.

Alguien sentenció que el optimismo es otra forma de condena, pero, en nuestro caso, las expectativas que se han abierto en el conjunto de la profesión teatral a raíz de la Convocatoria de Concertación Bianaual con Compañías, resolución concluida luego de largas eficaces deliberaciones que se concretaron en un acuerdo general



con la profesión, nos permiten afirmar que el optimismo es la única forma de conducta posible para un tiempo, que porque es de crisis, nos obliga a convertirlo en tiempo de insolente imaginación.

Creo que nos ocurre a menudo a las gentes del teatro que, acostumbrados como estamos a repetir machaconamente en cuantos foros y ágoras nos quieran oír los mismos argumentos y discursos con las mismas palabras y la misma voz, el eco que se nos devuelve es como un martillar reiterativo que nos provoca la sensación del «déjà vu». Pero no son nuestras palabras las que se han quedado viejas. No son nuestros discursos los que han caducado. Es que, puñetas, la situación no cambia, no nos cambia, no la hemos cambiado.

Por eso que cuando comprobamos, con satisfacción, que alguien, al fin, en la Administración, en este caso representada en el Instituto Galego das Artes Escénicas e Musicais, es capaz de arriesgar, de renovar, de definir un proyecto después de haber oído a los representantes del teatro gallego, convencido de que es necesario el cambio, la evolución, la transformación del estado en el que estaba instalado el conjunto de nuestra actividad escénica, uno, como al principio, empieza a creer que esto sólo puede ser cosa de los celtas y termina por darle la razón a su vieja profesora de Geografía e Historia.

Aquí, en Galicia, en nuestro país, pueden pasar cosas como éstas. Al fin, hay quien dice que Breogán era gallego.

\* Director del Centro Dramático Galego.